



Serie 37°, 2011

Los de abajo, novela fundacional del nacionalismo mexicano

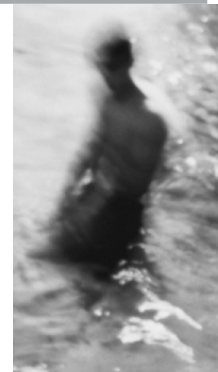
◆ León Guillermo Gutiérrez

A la fecha son incontables los estudios sobre el llamado fenómeno de la novela de la Revolución mexicana, sin que los mismos lleguen a ponerse de acuerdo en cuanto a su clasificación, debido a la prodigalidad con que se escribió sobre el tema durante décadas. Entre los investigadores destaca Adalbert Dessau, quien comparte la afirmación de que la novela *Los de abajo* (1916), del escritor Mariano Azuela, nacido en los Altos de Jalisco, sigue siendo la mejor novela de su género y la más vasta pintura literaria de la Revolución.¹ Además del acierto artístico, al que me referiré más adelante, marca el inicio de este gran movimiento literario e inaugura también un nuevo nacionalismo.

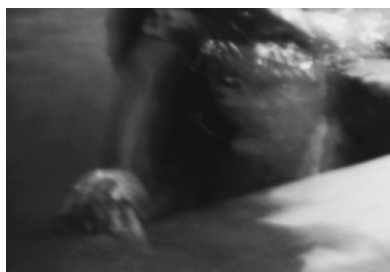
A lo largo del siglo XIX en México se luchó con esmero para preservar la cultura, las costumbres y los valores criollos; la literatura decimonónica ayudó a fijar los modelos europeos como estereotipos de la clase media y la burguesía. De ello dan cuenta las novelas de Fernández de Lizardi, Ignacio Manuel Altamirano, Rafael Delgado, entre muchos más. Uno de los grandes logros de la novela de Azuela fue romper estos moldes y colocar al campesino indígena y mestizo en el papel central

del movimiento armado y darle la importancia que le había sido negada, al evidenciar no solo su existencia, sino presentar la realidad misma del país. A partir de ese momento, el campesino y su imagen se harán presentes en todas las manifestaciones culturales, y cobrarán su más alta expresión en los murales de Rivera, Siqueiros y Orozco. Azuela incorpora este elemento a los del nacionalismo y lo representa con la blanca indumentaria de sus vestidos de manta y los anchos sombreros de paja.

Mariano Azuela abre la acción de la novela con una impresionante descripción del espacio que, a pesar de ser realista, simboliza el estado de precariedad del campesinado. La escena se da en el lugar habitado por el protagonista, Demetrio Macías, a punto de convertirse en el líder de una cuadrilla de rebeldes. En el interior de la “casuca”, que se encuentra en un “pedregal”, un hombre sostiene en la mano “tres tortillas en taco” y, después de comerlas, bebe en un “cántaro agua a borboto-nes”. La mujer de Demetrio, al sentir el peligro, advierte: “Tu rifle está debajo del petate”. Acto seguido, Azuela detalla: “El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un oate, y otros aperos de



¹ Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*, FCE, México DF, 1996.



labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño”.² Completa la imagen con la indumentaria de Demetrio: “Vestía camisa y calzón de manta, ancho sombrero de soyate y guaraches”.³ Este es el ambiente generalizado en el campo mexicano del que Azuela, con unos simples brochazos, hace una radiografía impecable sin dramatizar lo que en sí es dramático, el cual se ajusta con exactitud a un modo de vida y de ser.

Jesús Silva Herzog, en su *Breve historia de la Revolución mexicana*, escribe que la causa fundamental de ese gran movimiento armado fue la existencia de enormes haciendas en poder de unas cuantas personas de mentalidad conservadora o reaccionaria, y que para esa altiva aristocracia quedaba muy abajo la clase media, el *medio pelo* y los *pelados*; estaba el indio, al que utilizaban en toda clase de trabajos y por quien sentían el más hondo desprecio.⁴ No hay que olvidar que, si bien algunos de los líderes eran de extracción burguesa, los ejércitos rebeldes estaban integrados en su mayoría por campesinos.

Demetrio Macías comienza lo que será su trayectoria en la Revolución con tres silbidos de cuerno que son contestados de la misma forma por quienes serían sus seguidores incondicionales: “En la lejanía, de entre un cónico hacinamiento de cañas y paja podrida, salieron, unos tras otros,

muchos hombres de pecho y piernas desnudos, oscuros y repulidos como viejos bronce”.⁵ Realismo y simbolismo se dan la mano para expresar de la manera más vívida la tragedia del México campesino. La desnudez de estos hombres no es otra cosa que la paupérrima condición de cientos de miles de individuos que eran vilmente explotados hasta la misma esclavitud, a veces disfrazada en las tiendas de raya y otras tantas de forma abierta y sin escrúpulos, como es el caso de las haciendas henequeneras de Yucatán.

Pero veamos cuál es la originalidad de esta novela y qué le debe al género cultivado desde hacía cien años en México. En primer lugar, sigue la tradición de la primera novela mexicana, *El Periquillo Sarniento* (1816), en el sentido de la crítica aguda y mordaz; en cuanto al romanticismo, el personaje Demetrio Macías encarna al héroe trágico, aunque es al realismo al que le debe mucho, pues la misma prefiguración de la Revolución está perfectamente anunciada en *La bola* (1887) de Emilio Rabasa; finalmente, del naturalismo toma la objetividad y presentación de hombres y animales fundidos en la misma masa. Todos estos movimientos literarios fueron en sí sustraídos de los modelos europeos, y la novela de la Revolución lo que hace es volver añicos los tibores franceses y el fino mobiliario español para llevar la narrativa al centro de lo más mexicano: el campo y su pobreza. Octavio Paz, uno de los más agudos críticos, estudiosos y conoce-

² Mariano Azuela, *Los de abajo*, FCE, México DF, 1973, p. 5.

³ *Ibid.*

⁴ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana*, FCE, México DF, 1985.

⁵ Mariano Azuela, *Los de abajo...*, *op. cit.*, p. 10.

dores de México y su literatura,⁶ así como llamó a Carlos Pellicer el primer poeta realmente moderno, a Azuela junto con Vasconcelos y Martín Luis Guzmán los consideró los fundadores de la literatura moderna y maestros del arte de la narración.

La novela que nos ocupa está estructurada en tres partes, divididas cada una de ellas en veintidós, catorce y siete capítulos, respectivamente. Por supuesto que hay una intencionalidad en la disminución capitular y en el uso de los múltiples del número siete. En la primera parte, son los ladridos del perro los que anuncian el giro que tomará la vida de Demetrio y su familia. La acción sucede en El Limón, un rancho serrano del estado de Zacatecas, donde los federales, después de que uno de ellos intentara violar a la mujer de Demetrio, le prenden fuego a su casa. A Demetrio, como líder del grupo, se le unen veinticinco hombres, con quienes inicia la persecución y muerte de los federales. Luis Cervantes, el oportunista burgués, lo convence de que se una al general Natera, que está en rumbo a Zacatecas, el último bastión de Victoriano Huerta. En el trayecto se le va uniendo más gente. En Fresnillo se entrevista con Natera y es ascendido a coronel. En el penúltimo capítulo aumenta la intensidad ante la noticia del arribo nada menos que de Villa, “la palabra mágica”, al que nadie nunca le ve la cara, para finalmente culminar este episodio con la toma de Zacatecas.

La segunda parte principia con el nombramiento de Demetrio Macías como general, por su destacada participación en la batalla que acaba con el gobierno huertista. El escenario es un ambiente festivo y orgiástico. En los capítulos II, III y IV, Azuela se vale de sus deslumbrantes pinceladas para contrastar el mundo lleno de lujos en el que vivían los hacendados, a través de la casona ocupada por Macías y su gente, y el inicio del saqueo y la brutalidad que prevalecerán en las filas revolucionarias.

En la tercera parte, los hechos se precipitan con la derrota de Villa en la batalla de Celaya. Varios de los lugartenientes de Demetrio han muerto: la diseminación y el pesimismo muestran la descomposición de la Revolución. Macías cierra el círculo del viaje, y como metáfora del mismo movimiento armado, en el mismo lugar donde atacó por primera vez a los federales, su brigada es destruida por las tropas de Carranza. Y mientras Demetrio se queda solo: “Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo”.⁷

Si entendemos la utopía como el lugar donde impera, sobre todo, el valor de la justicia, el cual, conforme a los postulados de Platón, es un mundo ideal en el que todos sus miembros viven felices y satisfechos, un Estado ideal porque en él reina la justicia, entonces la utopía se convierte en el anhelo de un mundo ideal, que en la realidad es inalcanzable. En *Los de abajo*, la lucha que emprende

⁶ Octavio Paz, *México en la obra de Octavio Paz*, FCE, México DF, 1987.

⁷ Mariano Azuela, *Los de abajo...*, *op. cit.*, p. 137.



Demetrio Macías es la de alcanzar el sueño irrealizable de justicia, por lo que su periplo le da sentido al drama épico del personaje, quien a su vez representa el drama de todo un pueblo: de ahí su valor fundacional de un nacionalismo inédito.

Azuela se vale de todo su conocimiento para darle una gran fuerza narrativa a la novela intercalando acciones, diálogos y una sorprendente descripción para, en conjunto, dotar de agilidad y movimiento a la trama, envuelta en un carácter de realismo que a su vez simboliza la agitación de la Revolución y de la nueva novela, frente al estatismo imperante tanto en lo político como en los modelos literarios anteriores. Hasta entonces, la mayoría de los autores había llevado la ciudad a la novela, salvo escasas excepciones, como es el caso de Luis G. Inclán, quien en *Astucia* (1865-1866) toma como argumento la vida rural para narrar las aventuras de unos charros contrabandistas.

Desde el inicio en *Los de abajo*, el ambiente rústico y el paisaje enseñorean y, de cierta manera, mitigan el desenvolvimiento cruel y sangriento de la Revolución. Azuela ni condena ni moraliza, pero sí declara, en cambio, “¡Qué hermosa es la Revolución, aun en su misma barbarie!”⁸

Algunos han considerado a *Los de abajo* una novela antirrevolucionaria, ya que pone de manifiesto la falta de ideología de la Revolución y de quienes en ella participaron, pues parecían no tener la menor idea de lo que se trataba. Para John Brushwood, el hecho de que hombres como Demetrio Macías no

supieran por qué estaban luchando no condena a la Revolución, sino que más bien refleja su esencia, al mostrar a revolucionarios más auténticos que los que podían expresar una ideología. También es importante destacar que, como señala Dessau, bajo la superficie de la guerra contra la dictadura se desarrolló un proceso de toma de conciencia de los problemas sociales y se manifestaron tendencias de desarrollo hasta entonces solo latentes.⁹

Si en las novelas decimonónicas se destacaron algunos elementos de autodefinición para afirmar el nacionalismo, bien se puede decir que en *Los de abajo* el nacionalismo se presenta a través del gran movimiento social de la Revolución, y aunque Demetrio Macías despunte como protagonista, todos los que intervienen, así como las circunstancias personales y colectivas, ofrecen un cuadro vivo del corazón de México, es decir, de los campesinos y de todos los oprimidos. No solo la temática del conflicto armado manifiesta la singularidad y el sello de mexicanidad de la novela de Azuela, sino también el incorporar el lenguaje y el habla popular en su más alta expresión, y captar la esencia del vivir, sentir y pensar de todo un pueblo.

Artísticamente, *Los de abajo* es impecable: hay un perfecto equilibrio entre diálogo, acción y descripción; nada es gratuito en esta bien pensada estructura; el narrador muestra un retrato objetivo del mundo exterior; la representación histórica se ajusta a los hechos reales; la descripción, como señala Zubiaurre: “Fija y memoriza los conocimientos

⁸ *Ibid.*, p. 72; cfr. Adalbert Dessau, *La novela...*, loc. cit.

⁹ Adalbert Dessau, *La novela...*, op. cit., p. 47.

sobre el espacio y los personajes, ofrece una serie de indicaciones acerca del ambiente, añade drama al relato, al hacer que, en el instante crucial, la narración se demore y, por último, da una serie de pistas que ayudan a seguir el argumento”.¹⁰

Y no solo eso: la prosa poética, el lenguaje lúdico, la imagen y la metáfora atraviesan toda la novela. Por eso es posible decir que los hombres de Demetrio Macías, a pleno galope: “Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida”.¹¹ Anderson Imbert escribe sobre Azuela y su novela: “Usó con eficacia vigorosos esquemas novelísticos, prosa rápida, entrecortada y sugestiva, diálogos dialectales, contrastes entre las iniquidades humanas y la belleza del paisaje. Sobriedad, capacidad de síntesis, imaginación para cifrar en una metáfora de poderosa violencia iluminadora de toda una situación social o todo un conflicto psicológico”.¹²

Los de abajo inauguró un nuevo género que será cultivado durante cuatro décadas. Conforme a lo postulado por Jean Franco, esta literatura se convertirá en agente de integración nacional, pues a través de ella zonas y pueblos divergentes podrán ser atraídos a la corriente de la cultura nacional.¹³

Los aciertos de la novela de la Revolución mexicana logran el primer reconocimiento internacional para la literatura mexicana. Como apunta Dessau, *Los de abajo* abrió las puertas a una reforma literaria radical.¹⁴ Si algún elemento es distintivo en la novela de Azuela este es el movimiento; de ahí que en el último capítulo se resume la esencia de los soldados y su Revolución: “En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen: lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca”.¹⁵

Azuela, con esta novela, sin proponérselo dio origen en México a la fundación de un nuevo nacionalismo y de la novela del siglo XX. La capacidad de síntesis y el logro de imágenes y metáforas de Azuela alcanzan su más alto grado en la última línea de la novela, que también se puede leer como un minicuento: “sigue apuntando con el cañón de su fusil”,¹⁶ que se traduce en la contundencia fatal de la utopía de la Revolución y en la lucha perenne del campesino, del obrero y de todas las minorías. A cien años de la gesta revolucionaria, todavía no se ha hecho escuchar el disparo de justicia social.

¹⁰ María Teresa Zubiaurre, *El espacio en la novela realista*, FCE, México DF, 2000, p. 45.

¹¹ Mariano Azuela, *Los de abajo...*, *op. cit.*, p. 51.

¹² Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, FCE, México DF, 1977, p. 442.

¹³ Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 157.

¹⁴ Adalbert Dessau, *La novela...*, *loc. cit.*

¹⁵ Mariano Azuela, *Los de abajo...*, *op. cit.*, p. 138.

¹⁶ *Ibid.*, p. 140.